

si llegó á alcanzarlo. (*Diario MS. de un viaje á la Guayana*, por el señor M... Véase también BURNES, *Voyages sur l'Indus*, etc., t. II, p. 121.)

XV.

Hospitalidad.

Antigua. — No hay necesidad de explicar el origen de la hospitalidad. Esta es natural, al paso que la inhospitalidad es innatural ó á lo menos facticia, como consecuencia de una condicion de sociedad avanzada, donde hay tanta concurrencia de forasteros, que mantenerlos á todos sobrepaja á las facultades privadas, y donde por otra parte son mas abundantes los medios que tienen de mantenerse por sí estos forasteros.

Si fuéramos á presentar ejemplos bíblicos, tendríamos necesidad de citar toda la Biblia. Hasta qué punto llegaban y se extendían los oficios del que daba hospitalidad, se nos manifiesta en las historias de Lot y del levita de Efraim, y hasta dónde los del que la recibía lo vemos en el Deuteronomio (xxiii. 7), que manda á los Israelitas tratar como á huéspedes á los Egipcios, que sin embargo habian sido sus tiranos.

Por otra parte todas las obras de Homero, todas las de Herodoto, toda la Ciropedia de Jenofonte y todos los historiadores antiguos muestran el mismo uso establecido entre las antiguas poblaciones.

Véase en Herodoto (trad. de Larcher, t. IV, p. 126 y la nota) y en las *Leyes de Platon* (trad. de Cousin, Paris 1831, t. VII, p. 48, y su nota) el oficio de los Proxenos, funcionarios á modo de los cónsules modernos, encargados de ejercer la hospitalidad con los forasteros de cada uno de los pueblos amigos. — Aquí se observa ya aquella situacion mas adelantada en que era imposible ó muy costoso el ejercicio de la hospitalidad particular.

Germanica. — No hay pueblo mas espléndido para con sus convidados y huéspedes. Echar fuera de casa al huésped, cualquiera que sea, lo creen cosa nefanda; y así cada cual recibe á los demás al banquete segun su fortuna. Cuando le faltan las provisiones, el huésped indica al extranjero la casa vecina y lo acompaña á ella; entran sin ser invitados, y no por eso son recibidos con ménos humanidad. En cuanto al derecho de hospitalidad, no hay diferencia entre el conocido y el desconocido.

Moderna. — La hospitalidad de los pueblos salvajes es proverbial. (Véanse en la *Histoire de l'Acad. des Inscr.* t. III, p. 41, el resumen de una memoria del señor SIMON, y muchas otras narraciones de viajeros.)

XVI.

Regalos.

Antiguos. — Lo mismo podemos decir en cuanto al uso de los regalos. Es uso natural y conservado en todas las sociedades poco adelantadas, y que se hace cada vez mas raro en las que lo están mucho, por no poderse ejercer universalmente. — Como sucede en todas las cosas, los regalos muy frecuentes no son apreciados ni excitan la gratitud de quien los recibe.

Véase el desprendimiento de Ciro para con sus amigos en la *Ciropedia*, lib. VIII, cap. 2, 3, 4, 5; los regalos que á él le hacen los pueblos subyugados, *ib.* al fin del c. 6, y los dones hechos y recibidos igualmente por Ciro el Joven. *Esped. de Ciro*, lib. I, § 43.

Germanicos. — Estiman los regalos, pero por ellos no creen ni que obligan ni que quedan obligados. (*Tac. ib.* 21.)

Modernos. — Lo mismo se observa en los salvajes americanos; dan y reciben con gran placer, y por esto ni tienen ni exigen reconocimiento. « Si me ha dado esto (dicen los Galibos), es porque no sabia qué hacer de ello. » (*AUBLET, Histoire des plantations de la Guyane française*, t. II, p. 10.)

XVII.

Antigua. — En las sociedades avanzadas é industriales la embriaguez es vicio raro, gula y no mas. Pero en las sociedades primitivas y ociosas (véase mas arriba el § VII), es pasatiempo y tambien un medio de olvidar las penas, la tristeza, etc. Fué muy frecuente entre los pueblos meridionales, no obstante oponerse á ella lo cálido del clima.

Son continuas las reprensiones de los profetas á los Israelitas por su embriaguez.

Tambien lo son las de los historiadores y filósofos á los demas pueblos; de tal modo que la sobriedad de los Persas y Espartanos parece rarísima excepcion. Sabida es la queja dirigida por Ciro á su abuelo Astiages en la *Ciropedia*, t. I, p. 16.

Á pesar de la embriaguez, se ve constantemente establecido en toda la antigüedad profana el uso de deliberar en los convites. Era consecuencia de la hospitalidad. Ya fuesen embajadores extranjeros ó ya compatriotas y de la misma gente los que habian venido á la deliberacion comun, era obligacion convidar y satisfacer el apetito de los huéspedes, ántes que todo. Así lo hacen los héroes de Homero, y así se observaba aun entre los Griegos que se visitaban de una á otra parte del campo. Encuétranse de esto ejemplos frecuentes en Herodoto y Jenofonte (véase la *Esped. de Ciro*, lib. II, p. 126, de la trad. de Larcher, donde este tuerce el sentido del texto por no haber tenido presente semejante costumbre); y además se encuentra una amplia discusion, y casi una teoria sobre la utilidad de los banquetes en las *Leyes de Platon*, al fin del libro I y principio del II, (trad. de Cousin, t. VII, p. 60 y sig.).

El no encontrarse este uso de deliberar á la mesa entre el pueblo israelita, es una de las excepciones que distinguen la civilizacion de este de la de los demas pueblos.

Germanica. — Pasar el día y la noche bebiendo no es vergonzoso.... Pero en la mesa tratan tambien de reconciliar á los enemigos, de estrechar las amistades, de elegir príncipes, de paz y de guerra; pareciéndoles aquel el tiempo mas á propósito para abrir la mente á pensamientos sencillos, y elevarla á los grandes (*Tac. ib.* 22.) (1).

Moderna. — Sabido es que en todos los pueblos salvajes existe la afición al vino y á los licores fuertes. Los Indios de la Guayana hacen largos viajes para proveerse de ellos. Al señor de M.... que preguntaba *adónde iban*, le respondió un individuo de las tribus de Simapo: *Á la bebida*; como nuestros aldeanos y mercaderes dicen *á la vendimia ó á la feria*. (*Diario MS. de un viaje á la Guayana* por el señor de M....)

XVIII.

Antiguos. — Los primeros espectáculos no fueron desempeñados por hombres mercenarios, sino por jóvenes que espontáneamente se ejercitaban en las dos facultades naturales, la música y el baile. La música es antediluviana (*Gen.* IV, 21); y tal debió ser tambien la danza, su constante compañera. Conocido es el ejemplo de David que cantó y bailó ante el Arca. (*Reg.* VI, 14 y sig.; *Paral.* XV.) Véase en Platon (*Leg.* lib. II, p. 74) lo que sobre estas dos artes pensaban los Griegos. Entre estos las danzas eran ó belicas ó pacíficas; llamábanse las primeras Pirricas y las segundas Emmelias; y entre aquellas estaba la Carpea, en que se representaba un labrador primitivo, que atendía alternativamente á sus tareas y á defenderse de la sorpresa de los enemigos. (H-

(1) Por esto la palabra alemana usada como equivalente de banquete (*Mahl*) pasó á significar asamblea judicial, civil ó política (*mallum*).

Embriaguez.

Danzas guerreas.

ROD., t. II, § 129, nota 126 de Larcher; y *Esped. de Ciro*, lib. VI, § 4, nota 4 de Larcher.)

Germanicas. — Tan solo tienen un género de espectáculos. — Entre espadas y frameas opuestas, se lanzan y saltan por diversion jóvenes desnudos. (*Tac. ib.* 24.)

Modernas. — El amor no entra para nada en las danzas de los salvajes americanos septentrionales; estas son belicas únicamente. (ROBERTSON, *Hist. d'Amérique*, t. II, pp. 459-461.)

XIX.

Juegos.

Antiguos. — Del ocio durante la paz entre la casta dominadora de los guerreros (V. § VII), procedió naturalmente la invencion y uso frecuente de los juegos. Y ya la tradicion hacia antiquísimos muchos de estos juegos; el del ajedrez deíase inventado en la guerra de Troya; pero los monumentos egipcios é indios demuestran que era acaso mas antiguo. (V. las tablas de ROSELLINI y de CREUZER.)

Germanicos. — Es maravilla que en su sano juicio consideren el juego como cosa seria, y pongan tanto empeño en ganar ó perder, que cuando ya no queda que jugar, ponen por última puesta la libertad y la persona. (*Tac. ib.* 24.)

Modernos. — Los Americanos ponen al juego pieles, utensilios de casa, sus vestidos y sus armas; y cuando todo lo han perdido, se ve muchas veces que arriesgan á una sola suerte su libertad personal. (ROBERTSON, *Hist. d'Amérique*, t. II, p. 463.)

XX.

Cabelleras.

Antiguas. — Las usanzas de pintarse el cuerpo y llevar larga cabellera para causar miedo á los enemigos, son antiquísimas. — Los Budinos y Gelones, pueblos análogos á los Escitas, se pintaban todo el cuerpo de rojo y azul turquí. (HEROD., lib. IV, §. 107, y nota 225 de Larcher.) Los Mosinecos se pintaban de varios colores. (*Esped. de Ciro*, lib. V, § 19, nota 44 de Larcher). — Entre los Israelitas el llevar la cabellera larga era parte del voto de los Nazarenos, el cual podia ser, ó por cierto tiempo, ó durante toda la vida (*Núm.* VI), y de esta última clase fué el de Sanson. (*Judic.* XIII.)

De este uso de llevar larga la cabellera, principalmente los guerreros mas afamados ó distinguidos, viene tambien desde muy antiguo la costumbre de despojar de los cabellos ó *descabellar* á los enemigos vencidos, para llevar despues los vencedores la cabellera, como trofeo. — « Para dejar sin pelo una cabeza, los Escitas hacen una cisura alrededor, junto á las orejas, y cogiendo la piel de arriba tiran de ella y la arrancan. Despues, despojada de toda la carne con una costilla de vaca, la soban y doblan con las manos; y se sirven de ella como de una toalla. Tambien la llevan colgada al cuello de su caballo, lo cual les da honor; de tal modo que cuantas mas toallas de esta clase lleva un Escita, tanto mas es tenido por valiente y esforzado. » (HEROD., lib. IV, § 64, y nota 142 de Larcher.)

Germanicas. — Se peinan, no para enamorar ni para agrandar á las mujeres, sino para espantar y parecer mas altos á los ojos de los enemigos cuando van á la guerra. (*Tac., ib.* 38.)

Lo que entre los demas Germanos es un signo de audacia, raro y peculiar, entre los Cattsos ha venido á ser uso general: en efecto, desde la adolescencia se dejan crecer el cabello y la barba, y hasta tanto que han muerto á un enemigo no abandonan el aspecto feroz que esto les da, y que es emblema de un voto y de una obligacion; entónces sobre la sangre y los despojos del muerto se descubren la frente y se glorian de haber pagado el precio de su nacimiento y de ser dignos de la patria y de sus parientes. Los

cobardes y los débiles conservan siempre este exterior deforme (*Ibid.* 31.) (1).

Modernas. — Cuando los Iroqueses se pintan el rostro lo hacen para tener un aspecto horrible y con la esperanza de aterrar á los enemigos, por lo cual se pintan de negro cuando van á la guerra. (*Varietés, littér.*, t. I, p. 472.)

Desde que tienen veinte años se dejan los Iroqueses crecer los cabellos. (*Lettres édif.*, T. VIII, p. 261.)

El uso de *descabellar* ó arrancar la cabellera á los enemigos es comun á los pueblos americanos.

(C) pág. 162.

DE LA CERTEZA HISTÓRICA.

De las dos disertaciones siguientes, la primera, examinando los historiadores asiáticos, tiende á refutar lo que se refiere de los tiempos remotos; la segunda quiere demostrar que se ha negado en demasía la fe á las tradiciones antiguas, é indica el medio de sacar de ellas alguna luz, á lo ménos para la cronología.

EXÁMEN DE LOS HISTORIADORES ASIÁTICOS.

(Extracto de la obra de JACOBO KLAPROTH, *Mémoires relatifs à l'Asie, contenant des recherches historiques, géographiques et philosophiques sur les peuples de l'Orient*, Paris, 1826.)

La historia de los pueblos antiguos se divide naturalmente en tres partes principales:

1ª La *mitología*, que contiene una porcion de verdades, envueltas en el impenetrable velo de las fábulas y de las alegorias, y relativas las mas á períodos astronómicos, calculados caprichosamente y transformados en dinastías y en héroes.

2ª La *historia incierta*, en la cual los hechos son verdaderos, ó por lo ménos no inverosímiles; trátase en ella de personajes reales, cuya vida se nos describe, pero sin cronología, ó á lo ménos sin cronología comprobada.

3ª La *historia verdadera*, en la cual están los hechos averiguados y la cronología probada de una manera incontestable, ó puede estarlo por los sincronismos. Esta última comienza muy tarde entre la mayor parte de los pueblos del Asia, y por lo general solo cuando la escritura se difundió, cuando la casta de los sacerdotes estuvo en decadencia, y la ciencia se levantó como poder hostil á los gobernantes.

Entre los pueblos mahometanos del Asia, á saber: los Árabes, Persas y Turcos, la religion destruye toda la historia antigua, porque segun las doctrinas de aquella, lo que no está confirmado en el Corán, no solo no es cierto, sino que es una impiedad el creerlo.

La historia verdadera de los Árabes alcanza apenas al siglo V de nuestra era, refiriéndose en lo demas á las tradiciones del Antiguo Testamento, y remontándose luego por regiones fabulosas para presentarnos dinastías antediluvianas, y las fábulas mas absurdas que nacieron de la fantasia delos Hebreos y delos Cabalistas que fueron muy posteriores. Solo despues de Mahoma se establece entre los historiadores árabes una cronología cierta, y los mas conienzudos de ellos repudian los hechos que se suponen acaecidos ántes de esta época.

.. mediados del siglo VII subyugaron los Árabes la

(1) El *descabellar* ó arrancar la cabellera á los enemigos era práctica de los Germanos: es el de *calvar* mencionado en las leyes de los Visigodos, el *capillos et cutem detrahere* todavía en uso entre los Francos hácia el año 879 segun los anales de Fulda; el *hettinam* de los Anglo-Sajones, etc. (ADELUNG *Hist. anc. des Allemands*, p. 303.)

Persia y obligaron á sus habitantes á abrazar el islamismo; y destruyendo con la espada y con la tea el culto del fuego, destruyeron juntamente la mayor parte de los monumentos históricos que todavía existían: solo la historia de los Sasanidas, última dinastía de los Persas, por los años 227 al 631 de Jesucristo, se conservó bastante pura entre los historiadores nacionales, aunque no sea su cronología la más cierta, ni los más importantes sus hechos.

La historia de las dinastías persas y de los príncipes que reinaron en Persia desde la muerte de Alejandro, ó sea desde el siglo III antes de nuestra era, hasta el III después de Jesucristo, consiste en las obras de los historiadores mahometanos indígenas y en una lista imperfecta de reyes sin ningún género de cronología, acerca de la cual por otra parte nos dicen muy poco los Griegos.

La historia de los señores de Persia desde Ciro hasta Darío, ó sea hasta la conquista hecha por el Macedonio, está desfigurada enteramente en las obras de los escritores nacionales, y referida además sin orden de fechas. Alejandro, según ellos, fué hijo de Darío y de una hija de Filipo de Macedonia, que fué devuelta á su padre á causa del mal olor de su aliento. Acerca de Ciro no dicen más que fábulas, y antes de él ponen la mitología dinástica de los Pigdadianos, que comienza con Kajumarot, á quien algunos tienen por Adán, otros por Noé, y otros por un nieto de Sem.

Tal es la historia que nos han conservado los escritores de este país; siendo imposible ponerla de acuerdo ni con las relaciones de los Griegos, ni con los pocos é inciertos vestigios históricos que se encuentran en los libros religiosos de los Parsos de la India. Su fuente casi única es el *Shanameh*, gran poema heroico-mitológico-histórico de Firdusi, compuesto á principios del siglo XI, por orden del sultan Mahamud de Gazna, y cuyos materiales se dicen tomados de los monumentos de los adoradores del fuego y de los que dejaron los Griegos.

Los pueblos de raza turca que adoptaron con la religión de Mahoma el uso de los caracteres arábigos, no poseen ninguna historia anterior á aquel tiempo. Los anales de las diversas dinastías fundadas por ellos en Persia, en el Asia Menor, y en Egipto, fueron en su mayor parte compuestos en árabe y en persa por naturales de aquel país; y solo la casa otomana que hoy reina en Constantinopla posee obras escritas en la lengua patria.

Gazan Kan, descendiente de Gengiskan en quinto grado, que reinó en Persia á fines del siglo XIII, y principios del XIV, dió á su secretario Koya-Raschid el encargo de compilar la historia de la nación mogola hasta su tiempo, valiéndose para este objeto de cuantos monumentos antiguos se hallaron en los archivos públicos. Diósele el auxilio de muchos ancianos conocedores de la lengua mogola, casi olvidada entonces en Persia, y que habían conservado las tradiciones orales de sus compatriotas; y con este auxilio, Koya-Raschid compuso el *Djama, a attavarikh*, obra de gran precio, que puede tenerse por la única fuente á que los Mahometanos posteriores acudieron cuando quisieron hablar de la historia de los Mogoles, Turcos y Chinos. Es lástima que Koya-Raschid no evitase los defectos en que acostumbraban á incurrir sus correligionarios, mezclando las antiguas tradiciones mogolas y turcas con las de los Hebreos, aceptadas por los Mahometanos.

« Los historiadores del Islamismo y el Pentatéuco » de los hijos de Israel, dice, nos enseñan que el profeta Noé, que Dios guardó, dividió la tierra del Sur al Norte en tres porciones, dando la primera á Can, que fué padre de los Sudanes (Negros, Etiopes), la segunda á Sem, padre de los Árabes y de los Persas; y la tercera á Jafet, padre de los Turcos. Un hijo de este último se dirigió hácia Oriente;

» los Mogoles y los Turcos lo llamaron también Jafet, si bien estos le dan asimismo el nombre de Abulye-Kan. Sin embargo, los sabios no pueden decir si este Abulye-Kan fué hijo del profeta Noé, que Dios guardó, ó de sus hijos: lo que está averiguado es, que era de su estirpe. De él descendieron los Mogoles, los pueblos turcos y los habitantes de las llanuras del Asia. »

En este único pasaje, incierto y sin pruebas históricas, han fundado los escritores posteriores su genealogía de la nación turca, haciéndola subir hasta el famoso Oguz-Kan, que, según dicen, penetró desde lo interior del Asia en Egipto, y llevándola hasta Gengiskan; pero con tanta inseguridad que unos cuentan cuatrocientos años y otros cuatro mil entre Oguz y Gengís.

Otros hacen á Oguz contemporáneo de Kajumarot, primero y fabuloso rey de Persia, que debió de ser bien Noé ó bien Adán; y así nada histórico puede sacarse de estos hechos. Abul Gazi Behadur Kan, príncipe de Kharisim, que en 1663 hizo en turco un extracto de la obra de Koya-Raschid, continuándola compendiosamente, aumentó mucho la confusión; sin embargo, su obra merece crédito en lo concerniente á las dinastías turco-mahometanas. Las pocas tribus turcas no mahometanas que se quedaron en lo interior del Asia, su antigua patria, parece que han perdido con el cultivo de las letras las tradiciones de su origen; á lo ménos nada conocemos de este, ni queda esperanza de descubrirlo.

Entre los Indios la religión destruyó todo monumento histórico. Considerando esta vida como un período pasajero de dolor y de prueba, creen indignos de ser compilados los acontecimientos; y absortos en la contemplación de fórmulas misteriosas, dirigen todos sus esfuerzos á devolver su espíritu, por medio del aniquilamiento total de las facultades morales, al seno del alma del universo de donde ha emanado. La práctica rigurosa de las ceremonias y minuciosas obligaciones que les impone su religión, su oscura metafísica, sus dogmas que personifican las innumerables cualidades de la Divinidad, parece que han extinguido sus facultades intelectuales, de suerte que nada puede sacarlos de la impotencia mental, ni hacerles accesibles á cosa que tenga relación con los accidentes y sucesos del género humano. Así los Ingleses por más esfuerzos que han hecho no han podido descubrir en la India ninguna obra histórica en la lengua primitiva del país; y las historias de las dinastías mahometanas que en él han reinado, están por lo general escritas en lengua persa ó indostana.

Los libros originales de los Indios son generalmente explicaciones sin fin de las leyes reveladas por Dios mismo, é interpretaciones de los misterios de la gramática sanscrita y de su inmensa mitología. En cambio, la poesía, que fácilmente se da la mano con la religión, ha hecho entre ellos inmensos progresos, aunque fué necesario que se pudiese al servicio de la metafísica. Algunos de sus poemas, como el Mahabarata y el Ramayana, tienen objeto histórico, pero lo cubren con tan espeso velo de fábulas y prodigios y con una cronología tan defectuosa, que en vano los individuos más ilustrados de la sociedad asiática de Calcuta se han esforzado en ponerlos en armonía con las relaciones de los Griegos, y para llevarlos hasta el tiempo de Alejandro. Cuando más, solo pueden sacarse de ellos presunciones; pero hablan evidentemente de conquistadores procedentes del Norte, que poco á poco rechazaron hácia el Sur á los antiguos habitantes de la península occidental de la India, probablemente de raza negra, y que finalmente los expulsaron y obligaron á refugiarse en la isla de Ceilan. Estos conquistadores son encarnaciones de la Divinidad, que bajan de los montes Himalayas para subyugar á los gigantes y genios malos. Las tablas astronómicas de los Indios, á las cuales se atribuía una antigüedad prodigiosa, se ha

probado que son del siglo VII después de Cristo, aunque se refieran por medio del cálculo á una época anterior.

Sin embargo, podrían deducirse la historia y la cronología india de fuentes bastante puras, como son las innumerables inscripciones antiguas que se encuentran en todas las provincias del Indostan; inscripciones recogidas en gran parte por el coronel Makenzie, y que posee actualmente la compañía de las Indias. La publicación de estos tesoros valdrá cien veces más que la de todos los Vedas y Puranas, de los cuales basta un ensayo para que podamos formar juicio de su mérito.

También se encuentran lagunas semejantes á las de la historia de los Indios en todos los pueblos que abrazaron una secta de la religión del Indostan, cuando su genio, destructor de todo movimiento histórico, no fué moderado por la civilización china. Sin embargo, los Tibetanos tienen libros históricos que al parecer ascienden hasta el principio de la era cristiana, cuando se introdujo en aquel país desde la India la religión de Buddha, y con ella la civilización y el arte de escribir, sin el cual no hay historia; pues que la cronología se pierde entre las canciones y tradiciones, aun cuando en cierto modo se conserven los hechos. Pero los acontecimientos de un país áspero y montuoso, cerrado al Sur por desiertos de arena y de piedras, y á los demás lados separado del resto del mundo por montañas altísimas de nevadas cimas; de un país cuyos habitantes raras veces salen de su patria, no importaría gran cosa á la historia general de los hombres y á sus destinos, si unos sacerdotes del Tibet no hubiesen introducido entre los habitantes de las llanuras del Asia moderna la religión de Buddha que trasformó á aquellos hombres toscos y bárbaros en benévolos y sensibles. Así el Tibet por medio de una rama cultivada de la religión de la India y por su doctrina de benevolencia y de dulzura, suavizó el carácter de los Mogoles, asoladores del mundo. Ya antiguamente se había extendido el culto de Buddha á Kasgar, á Kotan y á otros países del centro del Asia; pero las invasiones de las hordas nómadas venidas de Oriente, y luego los progresos crecientes del islamismo, lo hicieron desaparecer.

La China, rodeada al Oriente y al Sur por un mar proceloso, limitada al Norte por inmensos desiertos y al Occidente por cordilleras de heladas montañas, parece á primera vista aislada; pero el estudioso se maravilla al descubrir en aquel país inesperadas fuentes que derraman gran luz sobre los sucesos de importancia á que debe la Europa su forma política y moral; porque en efecto, no pueden explicarse con bastante claridad las emigraciones de los pueblos en la edad media, sino recurriendo á los libros históricos de los Chinos. Sabios é ignorantes para remontarse á una antigüedad más apartada, se han querido aprovechar hasta ahora de la historia de los Chinos como de la del pueblo más antiguo, ignorando qué cosa viene á ser en realidad esta historia; por lo cual me parece conveniente extenderme sobre esta materia, declarando desde luego que soy juez imparcial, y que distingo de la historia la religión.

Parece que en la China estuvo en uso el arte de escribir desde el origen del imperio; á lo ménos han legado hasta nosotros inscripciones del siglo VIII antes de Jesucristo; sin hablar del monumento de Yu, que debe ser poco más antiguo, pero que acaso es copia de una inscripción perdida ó borrada. La historia en este pueblo debe, pues, ser antiquísima. Desde tiempos remotísimos algunos soberanos de la China hicieron escribir en registros cuantos sucesos notables acaecían en su reino, así como los discursos que dirigían á los magnates, ó que sus consejeros les dirigian; y recopilaron también las leyes, los rituales religiosos y de la corte, poemas antiguos, etc. Tales colecciones, en tiempo de Confucio se habían aumentado tanto, que este filósofo creyó necesario ordenar-

las y hacer de ellas un extracto. Así es que compuso una historia de la China desde Yao, que vivía 2357 años á. C.; formó una colección escogida de canciones por orden cronológico, á cuya colección se dió el nombre Chu-king (libro de poesía); compuso también una obra sobre las ceremonias y los ritos, llamada *Li-ki*, y otra sobre la música, titulada *Yu-king*; comentó las líneas misteriosas de Fo-hi y las antiguas explicaciones de estas, tan oscuras y absurdas como ellas mismas, poniendo á sus comentarios el nombre *Y-king*, ó libro de las variaciones; y escribió asimismo una pequeña crónica de Sian-tung, su país natal, que comprende desde el año 723 al 477 á. C.

El gobierno de las dos primeras dinastías (2205 — 1122 á. C.) era monárquico puro, pero Wu-wang lo destruyó, y fundó la tercera dinastía de los Cheu, sustituyendo á la monarquía el gobierno feudal; de aquí se originaron contiendas, de las cuales se aprovechó la familia de los Tsin para subir al trono y reunir el imperio bajo un solo cetro. Estos señores feudales tenían historias y crónicas particulares que contribuyeron mucho á ilustrar la general del imperio.

Chi-huang-ti, para borrar la memoria del antiguo feudalismo, mandó quemar todos los libros históricos, y así se hizo; pero donde el arte de escribir está tan extendido, no pueden destruirse completamente obras estimadas. En efecto, habiendo sucedido á la dinastía de los Tsin la de los Han, estos pudieron ya, sin temer los antiguos recuerdos, mandar que se quemaran los libros condenados, y entre los que quedaron se halló el *Chu-king* con otras obras. De aquí sacó *Se-ma-tsian* la historia de su patria.

Los Chinos cuentan el tiempo según un ciclo de sesenta años. El primer año del primer ciclo corresponde al 2637 á. C., 61 del reinado de Wang-ti. Desde este rey comienza *Se-ma-tsian* su *Su-ki*, y lo sigue hasta la dinastía de los Han. Mas á pesar de los muchos materiales que pudo tener á mano, la historia hasta el siglo IX á. C. es muy defectuosa é incoherente; y solo después de esta época aparece en ella la cronología.

Por tanto, yo coloco el principio de la historia incierta de los Chinos en el primer año del primer ciclo, 2638 á. C.; y el de la cierta en el 782. Desde *Se-ma-tsian* en adelante cada dinastía hizo continuar su historia; y es de ley que los anales auténticos de una dinastía no se publiquen sino bajo el imperio de la sucesiva, probablemente para que sean imparciales. La colección histórica de los Chinos se compone actualmente de veintidos obras diversas, que contienen no solo la historia de los emperadores y príncipes, sino también la geografía, la administración, la estadística, las leyes y la vida de los personajes célebres. Ningun pueblo tiene nada que pueda compararse á este cuerpo de obras, de sesenta grandes volúmenes, que llega hasta la mitad del siglo XVII, esto es, hasta que subió al trono la dinastía reinante.

Además de los documentos que *Se-ma-tsian* tuvo por auténticos, se habían conservado traducciones y narraciones relativas á soberanos que reinaron antes de Wang-ti, y á los cuales atribuyen los Chinos las invenciones útiles á su sociedad incipiente. Otros autores más modernos las reunieron, haciendo por su medio subir la historia del imperio hasta más de 3000 años á. C. Esto, sin embargo, no pareció bastante á la vanidad nacional; y en el primer siglo de la era cristiana, se dedicaron los autores chinos á bosquejar una historia mitológica dividida en diez *his-ó-perios*, cuya duración había de ser de 2.276.000, y aun de 3.277.000 años. Este absurdo fué reducido á sistema en el siglo IX y puesto al frente de la historia china bajo el nombre de *Wai-ki*; pero los Chinos mismos lo llaman *lo que está fuera de la historia*; tal es el poco crédito con que lo miran.

Al Oriente de la China está el imperio del Japon,

habitado por una raza diferente, civilizada por los Chinos, pero que no perdió su antiguo vigor, y que hoy supera á sus maestros. La historia del Japon comienza con el fundador de la dinastía de los Dai-ri en el año 660 á. C., ó sea en el 58 del ciclo XXXVI. Antes de esta época los escritores japoneses presentan la lista de los emperadores de las tres primeras dinastías chinas, y la mas antigua de Fo-hi y de sus sucesores, lista precedida de una mitología fabulosa y tan absurda como la China. Esta mitología se divide en dos dinastías, la primera de los siete espíritus celestes de duración indeterminada, y la segunda de los cinco espíritus terrestres que reinó 2342.367 años.

El Asia interior fué antiguamente habitada por pueblos pastores y cazadores que hacían frecuentes correrías al Este de la China y al Oeste de la Persia. La vecindad de estos dos imperios hizo que se difundiera á menudo la civilización entre estos pueblos, especialmente cuando invadian ó conquistaban enteramente algunas provincias; pues casi siempre el conquistador inculto adopta las costumbres y las leyes de los vencidos mas civilizados. Entre los pueblos del Asia Média, fueron los principales los Turcos, Tongusos y Mogoles, que establecieron imperios inmensos, los cuales se destruyeron por sí mismos á causa de su demasiada extensión, y cuyos fundadores, rechazados hácia las llanuras del Asia, olvidaron con increíble prontitud la cultura que habían adquirido. Antes de engrandecerse no tenían ni escritos ni tradiciones seguidas; y despues que cayeron, su instruccion se perdió hasta el punto de no haberse conservado apenas sino la parte mas reciente de su historia, no obstante que en su período mas glorioso compusieron los anales de su imperio en la lengua propia, ó en chino ó en persa; anales que forman parte integrante de la historia de la China y de la Persia. Los Manchús, que en el año de 1644 fundaron en la China una nueva dinastía, ofrecen un ejemplo de este hecho, pues apenas pudieron contar lo sé qué fábulas sobre el origen de su nacion ántes del siglo xvi; otro tanto puede decirse de los Mogoles, que á mediados del siglo xiii fundaron un imperio inmenso y cuyos anales apenas llegan á cien años ántes de aquel siglo.

La nacion armenia, rodeada de montañas, conservó su independencia en todo ó en parte; aprendió desde tiempos muy romotos un alfabeto particular, y por tanto alguna instruccion; leyó y tradujo libros griegos, caldeos y persas, y así conservó parte de la antigua historia del Asia Occidental. Sus anales se remontan al año 407 á. C. y terminan en el 1080 de la era cristiana, con la nacion armenia, que desde aquel momento dejó de formar un Estado distinto y fué en parte dispersada por Asia y Europa, donde se dedicó exclusivamente al comercio.

Por desgracia conocemos muy poco de la literatura armenia, pero es probable que sus conventos contengan muchos manuscritos preciosos ó ignorados, que puedan esclarecer en gran manera la historia del Asia interior. La Rusia, que hoy confina con la Armenia y posee algunas provincias que un tiempo pertenecieron á este reino, haría un servicio memorable á la historia si buscásemos estos monumentos; pero sería necesario confiar los materiales que se descubriesen á personas doctas y de sana crítica, no á pedantes ó eruditos, que á veces lo hacen peor que los ignorantes.

La Georgia conservó como la Armenia su independencia por largo tiempo; y prescindiendo de algunas interrupciones, es el reino en que ha durado mas una dinastía, pues los Bagrazius reinaron en aquel país desde el año 574 al 1800. Los Georgianos tienen muchos libros históricos, de los cuales el mas estimado es el que el rey Va-ktang V hizo sacar de los archivos del convento de Mzkheta, y de Ghelathi,

á principios del siglo pasado. La historia cierta de la Georgia comienza en el siglo iii á. C., y la incierta en el año 1500 á. C., en que se une con las tradiciones armenias y mosáicas.

Pondremos aquí un estado del siglo en que principia la historia nacional de cada pueblo, la cual con frecuencia recibe un complemento de la historia de los pueblos sus vecinos. Esta memoria tiende á mostrar el valor de las narraciones indígenas de cada país, no á hacer una crítica general de todos los monumentos históricos. De ella aparece que es infundada la esperanza de sacar de las narraciones de los Asiáticos materiales para la historia antigua de los hombres, fuera de aquellos que se encuentran en los libros de Moises y entre los Babilonios, Egipcios y Griegos; y que cuando mas, se podrán descubrir entre los Chinos documentos que sirvan para la historia antigua del Asia Oriental. Respecto de los tres siglos anteriores á Jesucristo, y desde aquella época hasta nosotros, se puede sacar bastante de los escritores y monumentos asiáticos; pues que sin ellos serán siempre defectuosas y oscuras la historia de las emigraciones de los pueblos y de la edad média.

La historia cierta comienza:

Para los Árabes en el siglo.	V	
Persas	III	Después de Cristo.
Turcos	XIV	
Mogoles	XII	
Indios	XII	
Tibetanos	I	
Chinos	IX	Ántes de Cristo.
Japoneses	VII	
Armenios	II	
Georgianos	III	

La historia incierta de los pueblos mas antiguos no pasa del año 3000 ántes de Jesucristo, y llega hasta la grande inundacion que sumergió casi todo el antiguo continente (1).

No conviene, sin embargo, rechazarla enteramente, si bien debe usarse con gran circunspeccion cuando se trata de dar certeza histórica á los hechos dudosos que refiere. En la historia todo debe ser probado; y las suposiciones equivalen casi al error. Es cierto que por medio de indicios pueden estas adquirir cierto grado de probabilidad; pero no deben usarse para demostrar un hecho histórico, mientras no esté probada su exactitud. Me parece una cosa singular en nuestro erudito siglo adoptar como hechos las conjeturas, y valerse de ellas para fabricar sistemas que una sola verdad puede convertir en humo. Así se desperdician la instruccion mas variada y el tiempo mas precioso por personas que parecen nacidas para impulsar los verdaderos progresos de la ciencia, pero mas que absortos en una atmósfera de hipótesis y conjeturas, acaban por perder el deseo de encontrar la verdad y se ponen fuera de la senda única que puede conducirlos á un descubrimiento, á saber, la de las pruebas matemáticas.

DE LA CREDIBILIDAD HISTÓRICA,

y especialmente de los primeros tiempos de la historia griega.

(Extracto del discurso preliminar de L. C. F. PETIT-RADEL al *Examen analytique et tableau comparatif des synchronismes de l'histoire des temps héroiques de la Grèce*. Paris 1827.)

La historia, segun dice Ciceron, es testigo de los tiempos, vida de la memoria y mensajero de la anti-

(1) Klapproth no acepta como materia de fe los libros de Moises, ni por consiguiente el diluvio universal y la unidad de la especie.

güedad. Las partes de que se compone se presentan á la crítica moderna en el órden siguiente de prioridad: primero la genealogía; despues las listas de reinados y sacerdotios contemporáneos, las crónicas de hechos pura y sencillamente referidos; los poemas heróicos; los cánticos y libros sagrados; las inscripciones citadas por los antiguos.

Estas son las fuentes mas antiguas de los testimonios escritos que nos han quedado respecto de los tiempos primitivos de la Grecia. En tiempos ménos lejanos encontramos elementos mas abundantes y minuciosos en las relaciones manuscritas y en los recuerdos de cada siglo; fuentes secundarias que de copia en copia continuaron virtualmente hasta nosotros, trayéndonos los testimonios originales, y formando lo que mas propiamente se llama Historia. Si á las relaciones de esta agregamos las biografías de los personajes, sus discursos, sus cartas, sus dichos, podremos tener una idea bastante completa de las diversas partes de la historia escrita.

La crítica moderna quiere que agreguemos ademas, como partes de la historia *interpretada*, las investigaciones hechas por los viajeros sobre la topografía de las ciudades mas antiguas, la estructura de los recintos sagrados, los muros, los sepulcros, los templos subterráneos, las estatuas y bajos relieves que los adornaban, las medallas y piedras esculpidas, las armaduras y otros instrumentos de la vida civil y guerrera desenterrados cada dia; y en suma, cuanto nos da á conocer lo que la historia nos dice ó nos confirma lo que dice.

Así con crítica progresiva ha llegado la ciencia de la historia á componerse de una parte *especulativa* y de otra *experimental*. Si los dos medios de prueba convienen en los mismos hechos, la certeza histórica llega al grado máximo de seguridad moral; y si no corresponden exactamente, no por eso la certeza se destruye; pero hay un grado menor de seguridad, que á veces se convierte en simples conjeturas. Estas no carecen enteramente de valor, pues que ya es algo un rayo cualquiera de luz cuando se marcha entre tinieblas.

En la enumeracion precedente conviene distinguir bien lo que constituye la naturaleza de la historia simple, de lo que esencialmente la separa de la *compuesta* ó desarrollada. Por no haber hecho los escépticos esta distincion, han dirigido muchas veces contra la primera argumentos que de buena fe no pueden presentarse sino contra la segunda.

La historia simple es pasiva por esencia, y aunque escrita, no está puesta en accion, y se expresa siempre bajo formas impersonales, no teniendo autor conocido. En estas narraciones el hecho solo es que el habla, y los cronistas mas antiguos, famosos por haber reunido en su cronica los sucesos de que hablan, no han sido mas que copistas. La historia simple no comprende, pues, mas que la relacion sumaria de las causas memorables y de las acciones heróicas ó nacionales que en todos tiempos debieron fijar la atencion general y someterse al público exámen. Un rasgo de historia de esta especie nos ha conservado Hellánico cuando señala el paso de los Sículos de Italia á Sicilia en el año vigésimosexto del sacerdocio de Alcibionico en Argos.

Por el contrario, la historia compuesta es esencialmente dramática: recibe desarrollo de la elocuencia y de la filosofía, las cuales la esclarecen y animan con razonamientos, comparacion de circunstancias y cuadros mas ó ménos satisfactorios ó verosímiles, segun el arte con que están presentados. De esta manera cumple el objeto que Dionisio de Halicarnaso le atribuye, llamandola filosofía de los ejemplos. Pero no pueden mezclarse ni la composicion ni el arte con las relaciones impersonales de la historia simple mas antigua; y los episodios míticos, cualquiera que sea su origen, no pudieron ciertamente ser escritos para

engañar; pues que en este caso no habria sido elegidos fuera del curso ordinario de la naturaleza.

Así, cuanto mas se nos manifiesta la historia simple desnuda de circunstancias y de interes, mas confianza debe inspirar; y despues de tantos siglos como han trascurrido desde sus primeras narraciones, será maravilloso ver que lleguen á ofrecer todavía resultados bastante exactos los monumentos mas antiguos, mas áridos y desparramados, cuando se recojan y se enlacen uno á otro con sus primitivas conexiones.

Así, tambien, cuanto mas se multiplican las circunstancias en las historias minuciosas, mas el arte de encadenarlas hace sentir la influencia personal del historiador, y mas puede esta consideracion disminuir la confianza en los pormenores que sobrecargan el simple relato del hecho principal. En efecto, desde que la historia, por complacer á Ciceron, que la queria adornada de las elocuentes formas con que la hermosearon Herodoto y sus imitadores, cesó de ser mera depositaria de los hechos, perdió una gran ventaja, la cual quedó exclusivamente para los cronistas antiguos.

Es verdad que entónces no se tenía mas que la historia, y que luego se quisieron tener historiadores, oradores desconocidos en los tiempos mas antiguos en que no tratándose de persuadir, no se pretendia mas que fijar el simple testimonio de un hecho. Con esta sencillez se contenta Herodoto cuando nos transcribe genealogías, y por su medio señala el tiempo de la fundacion de las ciudades, de las acciones de los héroes, de la salida de las colonias, en una palabra, de todos los hechos simples que tomaba de los anales de las ciudades, y mas todavía de las inscripciones que pudo comparar con las tradiciones locales.

No puede decirse lo mismo de los discursos del Lidio Sandanis con Cresio, de Solon, de Cambises y de otras composiciones que Marcelino consideraba como meras ficciones, y que no nos ofrecen mas resultados que el de un ingenioso artificio, comentario de la historia, no historia. Otro tanto puede decirse de Tucídides, aun cuando es digno de elogio y de confianza; el cual componia aparte los discursos que habia de insertar en la narracion, como lo muestra su libro octavo compuesto poco ántes de morir, y que no contiene ninguna arenga, aunque como en los otros habia lugar para ellas.

La lectura de Tito Livio da el carácter de historia simple á su obra, en los hechos sumarios que pudo haber tomado de los libros llamados *delloideos* por su forma triangular, de los libros en tela conservados en el templo de Juno, y de los tratados entre Roma y las ciudades griegas mucho mas antiguas, de que estaba rodeada. Pero cuando á las narraciones primitivas añade los diálogos entre Enéas y el rey Latino; cuando hace hablar largamente á Evandro, Rómulo, Tulio, Horacio, Coriolano, ocurre preguntar cómo pudieron contener tan largos discursos y tantas prolifidades las crónicas que al principio se fijaban en la fachada de la casa del sumo pontífice.

Pero si á pesar de estos trozos, ciertamente inventados, damos crédito al cuerpo de los hechos sacados de los anales de Roma; ¿por qué lo hemos de negar á las narraciones mucho mas antiguas de la historia griega? ¿Acaso porque van con frecuencia acompañadas de ficciones inverosímiles? ¿Pero los episodios mitológicos, que los antiguos nos han hecho ya distinguir en las primeras relaciones de su historia sumaria engañan mas que las ilusiones de la elocuencia histórica en los siglos mas cultos? La crítica mas sencilla basta para separar las adiciones hechas en las historias sumarias, como el orin desaparece de los metales al brañirlos de nuevo, mientras por el contrario, el prestigio oratorio se adhiere con tanta frecuencia á la verosimilitud histórica, que ofusca á la generalidad de los lectores. Estos no son inducidos